

coroneles y aun generales los que no cumplan con su deber, sea quien fuere el que promueva faltas á la disciplina en el ejército, tendré bastante energía para mandarlos pasar por las armas. Yo autorizo á vdes. para que hagan lo mismo conmigo si mi conducta no es la de un soldado leal de la patria.

La mirada centelleante de aquel valiente, impuso á todos y salieron de allí resueltos á sofocar, por algunos días aunque fuera, sus resentimientos.

CAPITULO V.

MISION DIPLOMATICA.

Vieron los que rodeaban al general Arteaga que estaba como un leon hambriento deseoso de encontrar á alguno en quien hundir la terrible garra y le designaron una víctima.

Esta víctima fué el general Julio García gobernador y comandante militar de Colima.

—Es íntimo amigo de Uraga, le dijeron, conserva con él secretas relaciones, está vendido al imperio.

Arteaga contestó:

—Le cortaremos las uñas.

Y habia dispuesto quitarle el mando de la brigada que estaba á sus órdenes y nombrarle un sustituto como gobernador. Despues supe que ese sustituto era yo: el mismo general Arteaga lo puso en mi conocimiento un poco más tarde.

Es preciso advertir que estábamos ya en correspondencia aunque sin conocernos.

Continuaba en mi puesto de magistrado del Tribunal de Colima y redactando el periódico la *Independencia*, que se ocupaba en lanzar refutaciones contra la prensa imperialista y en moralizar á nuestro ejército infundiendo ánimo á su general en jefe.

Esto ocasionó que me dirigiera frases cariñosas aquel que no habia querido darme una plaza de soldado en sus filas algunos meses ántes.

Pero vamos á los sucesos que más interesan.

Las fuerzas imperialistas de Guadalajara salieron de su larga inaccion, alentadas seguramente por las noticias que les llegaban del estado desgarrador que guardaba nuestro pobre ejército.

Arteaga desocupó la cuesta de Sayula que sube á Zapotlan, en donde se habian levantado fortificaciones, considerada por Uruga como punto inexpugnable. Arteaga obró con mucha razon, porque el enemigo tenia ya todas las noticias y todos los planos de esa fortaleza. Entónces se replegó con todas sus fuerzas á las barrancas de Atenquique y Beltran.

Echegaray fortificó los principales puntos con una actividad asombrosa, mientras el enemigo con cinco mil hombres y mucha artillería avanzaba trepando la cuesta de Sayula.

En esas circunstancias comprometidas fué cuando surgieron las más violentas discusiones, que indudablemente atizaba el enemigo con habilidad. Algunos efes insistian en que no era prudente tener á la reta-

guardia á D. Julio García, siendo así que sus relaciones íntimas con Uruga no podian inspirar confianza.

El general García me escogió á mi para detener el golpe. En la conferencia íntima que tuvimos me dijo:

—Se me sospecha de traidor y hoy mismo acaban de recibir algunas cartas los jefes que están á mis órdenes en que se les dice que me desconozcan: yo podría á mi vez desconocer á Arteaga, pero no quiero promover un conflicto que traeria sobre mi nombre una mancha. ¿Quiere vd. ir en comision de mi parte á ver á Arteaga para darle cuantas seguridades quiera de mi conducta?

—Sí, le contesté.

—Pues bien, á vd. se lo digo para que pueda responder de mí, que estoy dispuesto á combatir contra el imperio hasta el último instante que me quede de vida. ¡Lo juro por Dios y por mis hijos! agregó derramando sinceras lágrimas.

Y digo que aquellas lágrimas fueron sinceras porque el general García era hombre rudo, incapaz de dar muestras semejantes de hipocresía. Además era verdad lo que decia: los jefes que estaban á sus órdenes eran enteramente suyos y estaban dispuestos á seguirle por el camino que él escogiera. Se conocia en el tono de su voz, en su semblante alterado, en su discurso, que lo hacia sufrir mucho la sospecha de que era víctima.

Me dirigí á toda prisa á la hacienda de San Márcos, en donde se encontraba el cuartel general de Arteaga; este se hallaba visitando las líneas, notándose en todas ellas un vivo cañoneo: una columna francesa habia

pretendido flanquear las posiciones y el general en jefe en persona, se estaba ocupando de rechazarla.

Los fuegos se fueron retirando, el general restableció sus líneas y volvió á la hacienda victorioso, pero en extremo agitado. Era muy robusto: casi, y sin casi, se encontraba en estado de obesidad, de suerte que la fatiga más insignificante hacia que fuera trabajosa su respiración. Traía encendido el rostro conociéndose que alentaba cólera contra sí mismo, por no poder disponer de más ligereza en sus movimientos.

Sin darle lugar á reponerse de la fatiga fué anunciado y me llamó á su presencia. Todo fué verme y estallar diciendo:

—Esto es insoportable, señor, le manda á vd. Julio porque sabe que le profeso gran cariño y que no haré con vd. lo que haría con cualquier otro comisionado, que sería cortarle el pelo y mandarle á una compañía...

—¡Ufff! agregó resollando muy recio, Julio ha adivinado muy bien que ninguno otro podría venir á desempeñarle una comisión tan delicada, pero entienda vd. y dígaselo de mi parte, que sé fusilar á los generales.... ¿lo ha oído vd. bien? Yo sé fusilar á los generales que me traicionan... y no me importa que esté el enemigo al frente..... me sobra energía..... Si señor! yo fusilaré al general Julio García lo mismo que á tantos díscolos y ambiciosos que solo vienen á meter la división en mis filas.

Comprendí al ver aquella fisonomía sincera y leal que todo aquello no era más que un arranque del momento que tendría que pasar cuando calmara la excitación de que venía poseído: lo confieso ingenuamen-

te, no ví al general Arteaga cara de fusilador y lo que sí noté era que al hablar de fusilamientos paseaba sus miradas por sobre los muchos jefes que estaban rodeándonos como autorizándonos á que fueran á contar lo que acababan de oír.

Yo le contesté con mucha calma:

—Es muy justo, general, que vd. fusile á cuantos den motivo, pero no al general García que hasta hoy que yo sepa no ha cometido crimen porque se le castigue.

—Si es inocente ese gobernador... ¿por qué me niega que ha recibido una carta de Uraga?... ¿por qué no me la manda?

—Que el general García haya tenido amistad con Uraga, como todos los jefes liberales, no quiere decir que sea traidor. Además, yo puedo responder de que ese gobernador no ha recibido carta alguna de Uraga.

—Supongamos que sea así: ¿por qué no obedece mis órdenes?

—Entiendo que tampoco ese cargo es justo, general.

—¿Cómo?.....

—A mi me consta que las órdenes de este Cuartel General han sido puntualmente obedecidas.

—No ha cubierto aún el Paso del Naranjo cómo se le ordenó.

—Está vd. en un error, general: ese paso ha sido cubierto ayer mismo con un batallón de Colima.

Le vino un nuevo acceso de cólera aguijoneado sin duda por algun recuerdo y exclamó:

—En fin, señor, ya no tengo confianza yo á ese general y necesito fusilarlo..... ¡yo sé fusilar generales!

—Está bien, le dije despues de un momento, dando lugar á que viniera una poca de calma despues de aquel violento desahogo; pero es fuerza considerar, que una medida semejante en estas circunstancias traeria un desconcierto terrible. Los demás jefes viendo que no hay una causa fundada para tal castigo, verian con horror la justicia del general en jefe en vez de temerla y respetarla. D. Julio García no es culpable.

—Y qué es lo que quiere?

—Que no se le destituyani del mando de la Brigada ni del gobierno de Colima. El ofrece bajo su honor, que yo garantizo con el mio de patriota, cumplir con su deber haciendo tal guerra á los franceses como ninguno otro la haria en su lugar.

El general me echó un brazo al cuello, me estrechó una mano y me dijo:

—Eso es otra cosa. Vamos á comer y despues hablaremos.

Tomó un buen sorbo de cognac y me ofreció otro, nos sentamos á la mesa en compañía de varios generales y su Estado Mayor, designándome á mi el centro entre él y el general Echegaray, en seguida se sirvió la sopa y comió con apetito, recobrando poco á poco el mas excelente buen humor.

Durante la comida estuvo recibiendo partes frecuentes muy satisfactorios tanto del campamento como de Colima: estos últimos yo mismo los habia redactado dejándolos preparados para que llegaran detras de mi con un retraso de dos horas: en ellos se detallaban las obras de defensa dispuestas en los pasos de las

Barrancas que le pertenecia cubrir á la Brigada de D. Julio García.

Quando nos levantamos de la mesa Arteaga era otro, estaba expansivo y amable hasta el extremo.

—Es vd. muy buen diplomático, me dijo, le otorgo cuanto me ha pedido; pero entendiéndose que vd. me responde de Julio.

—Puedo responder desulealtad, general, le respondi.

—Está bien. ¿Quiere vd. ser mi secretario particular?

Y como viera que me quedaba vacilando, agregó:

—Quando vd. termine esta mision.

—Voy á Colima, le dije, y si hay tiempo despues...

No creia yo que hubiera tiempo de gran cosa quando estaba oyendo el nutrido cañoneo en las Barrancas y conocia algo la situacion de nuestras tropas.

Me despedí de todos mis buenos amigos y ¡ay! no volví á ver más despues de esa tarde, ni al intrépido general Arteaga ni á los valientes Rioseco y Ornelas.

El general Julio García quedó muy contento del resultado de mi comision y me nombró secretario de gobierno. Mi amigo el Lic. Andrade dijo terminantemente que no estaba dispuesto á seguir á los poderes del Estado en caso de evacuarse la ciudad porque no se consideraba útil para la campaña.

El dia siguiente á las nueve de la mañana se tuvo una noticia que difundió el pánico en Colima: el general D. Leonardo Márquez del imperio, se habia apoderado del paso de los Pericos merced á la traicion de un jefe de los nuestros que no quiero nombrar. Una di-

vision estaba pasando por allí, para cojer la retaguardia al Ejército.

Con el extraordinario que llevó la noticia al general Arteaga, tuve una carta en que me decia que fuera á incorporarme con él en la hacienda de la Albarrada por donde pensaba retirarse para Autlan antes de ser envuelto por el enemigo ó que siguiera á las fuerzas de Colima mientras habia oportunidad de reunirnos.

¡Pobre general! aquella tarde misma fué derrotado en la Albarrada, en terrenos que se encuentran al pié de los volcanes de Colima.

Llegó tambien para nosotros la hora de marcha: abracé á mi jóven esposa que lloraba á mares, di un beso á mi hijita Clotilde de edad de tres meses que estaba en la cuna, monté á caballo y salí á las cuatro de la tarde de Colima á incorporarme con el grueso de la Brigada que estaba en la hacienda de la Magdalena rumbo á la costa.

Puedo hacer constar que esta salida de Colima hicimos con el mayor orden, en plena luz del dia, el 30 de Octubre de 1864.

CAPITULO VI.

A LA INTEMPERIE.

Varios personajes comprometidos antes en la situacion política de Jalisco, que iban refugiándose de una poblacion en otra poblacion, unidos con los principales empleados de Colima que no quisieron encontrarse en presencia de Márquez, hombre que tenia fama de ser feroz en la paz y en la guerra, formaron un grueso de cosa de cincuenta individuos bien montados y armados que salieron resueltos á participar de nuestras privaciones en la campaña.

Esta se puede decir que comenzaba para nosotros, es decir, para ellos y para mí que éramos en aquella reunion las únicas aves de pluma.

Yo, aunque fuí dado á reconocer como comandante de escuadron, no ejercia funciones militares, toda vez que llevaba á mi cargo la doble investidura de secretario de gobierno del Estado y de la comandancia militar, con mi cuadro de empleados respectivo.